Serie IV Tegucigalpa 12 de Octubre de 1895 Núm. 52

EL PENSAMIENTO

SEMANAL LITERARIO.

DIRECTOR Y FUNDADOR --- F. TURCIOS.

Lo de siempre

SIN ser en modo alguno indiferente á sus encantos, porque al fin era ella una mujer hermosa y tenía él un corazón de hombre, la había, no obstante, contemplado siempre con absoluto desapasionamiento, con la mayor y más imposible serenidad, como si estuviese de antemano seguro de que no llegaría á amarla nunca. Cuanto más, había experimentado al verla esas delicadas, pero pasajeras impresiones que toda alma de artista siente cuando se halla en presencia de una de tantas hechiceras estatuas que el Hacedor divino ha sabido animar con los vitales alientos para delicia y complemento del mundo. Pero si sus gracias le habían atraído un poco, no habían logrado inspirarle amor: se reconocía del todo extraño á ese sentimiento.

Aquella noche, sin embargo, que fué la última en que pudo hablar á solas con ella, antes de que la ausencia, ya prevista, interpusiese entre los dos su valla de sombras, encontróse á su lado lleno de turbaciones, lleno de temor pueril, excepcionalmente inquieto y como poseído de secretos impulsos cuya misteriosa existencia no había ni sospechado en análogas situaciones. Sin acertar á explicarse el motivo, le pareció entonces como si ella se hubiese transfigurado derrepente, y se mostrase á sus ojos, mucho más bella, mucho más seductora, como con desconocida hermosura que se le revelase de pronto causándole un deslumbramiento, una emoción magnética é irresistible. La contemplaba al mismo tiempo con curiosidad y con veneración.

Su semblante oval y alabastrino se le figuró más pálido, pero también más expresivo, de perfecciones más correctas y de más soñadora y espiritual atracción: sus garzas y brillado ras pupilas le penetraban al alma y, convertidas en estrellas, le alumbraban dulcemente con resplandores nunca imaginados: sus palabras de timbre argentino y cadencioso, tenían cierto afable y simpático prestigio, cierta unción tierna y acariciadora: sus sonrisas, vagando fugaces por sus labios, semejaban rojas flores ideales impregnadas en olas de poesía; y sus ademanes y movimientos todos, parecían acentuar yo no sé qué ritmo, yo no sé qué música deleitosa, como si la belleza de ángel de su ser quisiese transparentarse por cada uno de sus poros.

El la miraba en éxtasis, casi sin pestañear: todas las radiaciones de su espíritu convergían en un sólo foco; sentía en aquellos instantes angustia y placer al mismo tiempo. Al fin ella, como si comprendiese la tensión psíquica á que forazba á su contertulio, se incorporó de su asiento y, majestuosa y gentil como una reina, dirigióse al piano. Sentada en el trípode y haciendo danzar sus manos de hada sobre el teclado marfileño, suspiró más bien que cantó, con una voz *pianísima*, una preciosa romanza. Ya otras veces la había ella cantado así; sólo que entonces él no había parado mientes ni en la voz, ni en la letra: había oído sin escuchar. Ahora le parecía distinta: tales y tan vehementes impresiones le había producido.

Cuando ella terminó de cantar y se disponía á abandonar el piano, le pareció á él notar en los ojos de ella la humedad cristalina de las lágrimas; y sin saber porqué, sintió que el corazón le daba un vuelco. Intentó balbucir algunas frases á fin de demostrarle á ella su agradecimiento y satisfacción por tanta amabilidad; pero su lengua estaba torpe y le faltaba aliento: enmudecía á pesar suyo. Por un momento flaquearon todas sus fuerzas y sintió que le faltaba tierra bajo sus pies. El no se daba cuenta de lo que le pasaba aquella noche. Estaba fascinado y no podía ocultársele por quien. Acostumbrado á externar sus impresiones, habría querido declarar á la que de tal modo le hipnotizaba el cúmulo de sentimientos que en su interior bullían con presteza de relámpago.

Pero le era imposible: las palabras le negaban su concurso.

Lástima grande que en esas crisis de la vida que afectan tanto la paz del corazón y aun la felicidad misma, no sean po-

sibles las explicaciones claras y oportunas! Lástima grande que los labios humanos sean muchas veces tan impotentes para traducir con la fidelidad deseable todas esas tempestades pasionales del mundo moral! Ella tal vez lo comprendió así, porque manifestó en su aspecto y en sus aptitudes cierto aire meditativo y de reflexión. Tal vez algo del oleaje de sentimientos que á él le combatían, repercutía también dentro del pecho de ella con sordos, pero elocuntes murmullos. Mas en vez de afrontar el abismo que las separaba, ya que la suerte procuraba unirlas, aquellas almas permanecieron inmóviles, replegándose á sí mismas, condenándose al silencio y tal vez al martirio y á la expiación.

El no era nada de romántico; pero no por eso dejaba de sentirse vagar en sueños: el poema imprevisto de un amor nacido del alma, asomaba en la perspectiva su próxima silueta. Ante esta idea indeclinable, él se sintió débil y no supo, como debía, reprimir vacilaciones. Penosamente levantóse de su asiento y mientras ella sospechaba tal vez un diverso desenlace, él le estrechó con efusión la mano, que sintió fría y temblante, y se despidió definitivamente de ella, deseándole el viaje más feliz. Ella afectó en el rostro un gestecillo de desdén y le miró alejarse silenciosamente. "¡Almas que al separarse se rompían, haciéndose pedazos!" como diría un poeta. Aquella escena nada de extraña en realidad, encerraba bajo apariencia tranquila un fondo trágico. La blanca luna brillaba en tanto en los espacios, con su albor doliente, casta, luminosa y pura.

El salió de allí hecho un sonámbulo, un verdadero autómata. Cuando recobró la conciencia de lo ocurrido, trató de comunicar por escrito sus impresiones á la que así le había subyugado. Desgraciadamente era ya tarde, pues ella había partido; y sin esperanzas de volverla á ver en mucho tiempo, confió á éste el premio de su pasión repentina, ó la tumba de olvido á tan desdichado como fantástico delirio.

J. A. DOMÍNGUEZ.

Chartreuse

A DARÍO HERRERA.

Hay en sus carnes un temblor nervioso
que á las danzas macábricas provoca,

cuando en el vaso esmeraldino choca
el crepitante chorro luminoso.

Y hay en sus ojos un fulgor verdoso
que se copula en la mirada loca,
cuando humedece la purpúrea boca
en la onda verde del licor radioso.

La bella que al libar se sataniza,
hallando en la embriaguez goce exquisito,
en crisposos espasmos agoniza,—

Admirando al compás de los *allegros*,
en la sábana gris del infinito,
las emersiones de los astros negros.

José FIANSÓN.

Lima—1895.

PURA

En sus ojos obscuros centellea
su juventud alegre y soñadora
como fulgores de una hermosa aurora
que en su alma virgen, sin cesar chispea.

Bajo la albura de su tez pasea
sangre rica, sensual y bullidora....
Yo la he visto llorar y cuando llora
el dolor la embellece, no la afea...

Ella es ardiente y en su blanco lecho
se defiende de Eros malicioso
que la hiere en los nervios, no en el pecho.

Y, al fin vencida, pero siempre pura
se entrega—y en ensueño delicioso
se retuerce turgente su hermosura.

Clemente PALMA.

Lima—1895.

TOQUES

Si no sabía pintar: jamás su mano,
mojando en los colores la paleta,
supo trazar, con fantasía inquieta,
los contornos de un cuadro soberano.

Si no tenía inspiración; si envano
fuera pedirle la intuición secreta
que tiene en sus delirios el poeta;
porque él no era un artista: era artesano.

Pero una vez en su existencia obscura
flechó su corazón una hermosura:
tomó el pincel y delineó su hechizo;

Para cantarla hizo vibrar la lira;
y desde aquel instante, no es mentira,
¡prodigio del amor! artista se hizo!

J. A DOMÍNGUEZ.

LA BALANZA

A Rafael Domínguez, S. Terrero Atienza y N. Bolet Peraza.

LAS arpas de oro se estremecen aun con la vibración de la última armonía, interrumpida de improviso; los cantos celestiales han cesado súbitamente; los ángeles dejan caer sus alas con tristeza; las inmensas claridades del infinito se han empañado como temerosas de brillar; el silencio del cielo es formidable. Va á juzgarse una alma. Por tribunal una balanza; por balanza una cruz salpicada de sangre siempre fresca.

Medio oculto en sombra fatídica que forma con sus alas negras, y de espaldas al Cielo, está de pie un ser lúgubre y sombrío, esperando la hora vil del acusador, terrible, inexo-

rable. En su rostro lineamientos de perfidia, mirada de acechanza y sonrisa malévola que hiere como puñal.

En el sitial de la justicia brilla un inmenso foco de luz resplandeciente que sirve de aureola al juez austero, lleno de incomparable majestad. Pero algo íntimo y misterioso hace traición á su designio de severidad y á su misterio de rigor, porque aquella sombra doliente de tristeza que vaga por su semblante, no es de juez sino de padre, y hay no se qué ternura en aquellos ojos de cordero y en la dulce inclinación de su cabeza, que deja entrever mucho de inconsulta piedad y de imprudente misericordia. Luego, hay marcados en su frente golpes de caída, y en sus manos cicatrices de suplicio, y el corazón adivina que no ha de ser implacable en el castigo quien ha padecido amarguras de humillación y dolor de víctima.

Al pie de la cruz gime la culpable. Desfallecida sobre sus rodillas, la túnica en desorden, quebrado el alabastro, amortecidos los ojos, suelto el cabello, inclinada la frente vergonzosa, aprieta sobre el pecho sus manos entrelazadas, con la convulsión de la culpa y el estremecimiento del temor aun; la sigue hasta este trance doloroso el Angel cándido, compañero familiar de su existencia, lanzando penosamente suspiros prolongados de tristeza inmortal que denuncian el pesar supremo de los esfuerzos inútiles y de la esperanza en derrota.

Habló el maldito, y se elevó hasta la agonía la suspensión de las legiones celestiales, que cubrieron sus rostros inocentes con sus manos de armiño.

Cada palabra era una culpa, cada culpa caía en el platillo de la balanza con enorme pesadumbre, inclinándolo siniestramente del lado del abismo. Allí cayó la liviandad, la impureza, el deshonor.....y la balanza se inclinaba hacia el abismo. El platillo de los merecimientos estaba vacío. Allí cayó la torpeza de los pensamientos, el deleite funesto, el goce inmundo....y la balanza se inclinó hacia el abismo con lúgubre crujido.

Calla el acusador, el silencio es pavoroso, la balanza vacila, el vértigo invade todos los espíritus.....¿No hay quién defienda el alma infortunada? ¿Quién, generoso, toma la voz de quien la pierde ahogada entre nudos de remordimiento? ¡Va á cerrarse el juicio fatal!

Incorpórase trabajosamente la acusada, pero no halla voz

en aquel pecho lleno de tempestades, ni en aquellos labios trémulos de dolor infinito....

Vencida agonía suprema, apoya su frente desfallecida en el admero ensangrentado. Una lágrima solitaria, desprendida de sus ojos, cae de improviso sobre el platillo vacío de la balanza, que sacudida por una conmoción terrible, recobra de súbito el equilibrio.

Jesús abre los brazos, ruge el monstruo, prorrumpen deliciosos cantos celestiales, brillan claridades inefables.....

Magdalena se ha salvado.

EDUARDO CALCAÑO.
(Caracas.)

NOCTURNA

(Del libro "Flores de Invierno.")

A JOSÉ FIANSÓN.

Está Lakka contemplando
cabe su alto pabellón,
á Nilika la suicida,
trasformada en alba flor,
que desde tumba olvidada
la rinde veneración,
enviándola los aromas
de su malogrado amor....

*
* *

Nilika, la hermosa indiana,
tuvo por amado el Sol;
más, voluble como nadie,
él muy pronto la dejó;
y viéndose abandonada,
pidió al cielo protección;
pero el cielo no la oía....
¡de pesar se suicidó!

*
* *

Mas, Lakka, la buena diosa,
para idealizar su amor,
la hizo su flor favorita
y la envió su bendición.

Desde entonces las románticas,
de la *lakka* al resplandor,
buscan á la flor *nilika*
para olvidar su pasión....

MIGUEL M. LUNA.

Lima.

COPO

Hermosura del Norte, blanca y fría:
tu alma es un sueño vaporoso, leve;
tu corazón es corazón de nieve;
tu vida, etérea, vaga sinfonía.

No hay en tus ojos resplandor de día,
sino claro de luna que no mueve
y la sonrisa de tu labio breve
apenas luce desmayada, umbría.

Más bella que una estatua de alabastro
vives al mundo del amor ajena,
indiferente, pura á la pasión;

Y eres feliz, porque cual muerto astro
cruzas la vida con la faz serena,
nítida el alma, ileso el corazón!

J. A. DOMÍNGUEZ.

NOTAS.

BIENVENIDA.—Nuestro buen amigo don Froilán Turcios, que se hallaba ausente de la República, como Secretario de la Legación Extraordinaria acreditada en Costa-Rica, ha regresado al seno de la Patria, encontrándose, actualmente, en Amapala, de donde muy en breve hará su ingreso á esta capital.

Con anticipación le damos nuestro saludo entusiasta y la bienvenida más cariñosa.

HOMENAJE

(EN UN ÁLBUM)

Si en pos de la ilusión tras que se lanza
tu vagaroso espíritu risueño,
vas surcando el azul de la esperanza
sobre el dorado esquife de algún sueño;
lleva mis botas: sin temor avanza:
nube ninguna arrugará su ceño,
y guiada siempre por tu amiga estrella,
florecerá el placer ante tu huella.

J. A. DOMÍNGUEZ.